

LA ESCRITURA FEMENINA: ZAMBRANO



HUMANIDADES

JUAN-MANUEL GARCÍA RAMOS



Al releer con detenimiento y placer un título de Marguerite Yourcenar –*Peregrina y extranjera*, una colectánea de ensayos escritos por la autora de *Las memorias de Adriano* desde los años treinta hasta su muerte– caigo en la cuenta de las muchas deudas intelectuales que tengo contraídas con Marguerite Yourcenar, con Marguerite Duras y con María Zambrano. Son mujeres que frecuento desde hace muchos años. Sus libros nunca los alejo de mi alcance, porque han llegado a convertirse para mí en imprescindibles interpretaciones de un mundo que se me escapa.

Hay un universo femenino y un universo masculino. No tanto por la física y la química de los cuerpos, como por la física y la química de la cultura en que mujeres y hombres nacemos, crecemos y nos formamos. O hasta ahora hemos nacido, crecido y formado.

Las tres autoras citadas –a las que podríamos añadir los nombres de Sor Juana Inés de la Cruz y de Virginia Woolf– han escrito sin descanso. Yourcenar y Duras son más conocidas por sus novelas, Zambrano por sus ensayos.

El título del libro recién releído de Yourcenar, *Peregrina y extranjera*, podríamos aceptarlo con júbilo como lema de los itinerarios personales y profesionales de estas tres autoras, “peregrinas y extranjeras” como nadie. Duras por ascendencia, Yourcenar por vocación y Zambrano por razones políticas (“Peregrina de la guerra civil española”, la define el poeta, narrador y crítico cubano Cintio Vitier en su novela-memoria *De Peña Pobre*, publicada en 1978).

Las tres han ido a otras partes por mucho tiempo a abastecer sus imaginaciones poderosas, y las tres exhiben en sus obras ese dominio de la inteligencia sin fronteras.

Gabriel García Márquez repite una frase que me gusta recordar. Algo así como “las mujeres son las que sostienen el mundo, mientras los hombres lo desordenamos con nuestra brutalidad histórica”. No es, sin embargo, una simple frase. En las novelas de García Márquez es una verdad perenne. Los

personajes femeninos centran la vida de los personajes masculinos, desde Úrsula Iguarán con respecto a su marido José Arcadio y a su hijo el coronel Aureliano Buendía, hasta Manuela Sáenz con su amado y desfallecido Simón Bolívar.

Hay un modo femenino de estar en el mundo y de concebirlo desde nuestro nacimiento hasta el final de nuestros días. Todos los hombres se inician a la vida con lo que la tradición denomina con exactitud la “lengua materna”, nunca la “lengua paterna”.

Ese rito iniciático femenino se interrumpe, por regla general, en todos los varones, para dar paso a aprendizajes de otro signo. Y lo que pudieron ser nuestras primeras luces, se pierden y se confunden, poco a poco, con modos y destinos más propios del sexo “fuerte”, al que se nos alista sin vacilación.

Las instituciones políticas y religiosas, la ciencia, la literatura clásica, el arte, las ingenierías, son, por lo general, el resultado de la meditación masculina. Las mujeres han estado ausentes de esas primeras piedras de la civilización. Aún en algunas culturas permanecen excluidas de la vida social y política. Meras acompañantes del hombre y de sus sueños de grandeza y hegemonía. En su tiempo, Sor Juana Inés de la Cruz pagó con muchas lágrimas sus anhelos de creatividad y bravura cívica.

Por todas esas razones y sinrazones históricas, se nos vuelven escasos los testimonios femeninos sobre las estructuras de la convivencia humana, sus resplandores y sus tinieblas.

El siglo XX, tan absurdo como cualquier otro, contó, no obstante, con más intervenciones femeninas en todos los escenarios de la sociedad que ningún otro anterior a nuestra era cristiana.

Yourcenar, Duras y Zambrano se han ocupado de la literatura y del pensamiento en general y nada de lo que han dicho, y nosotros hemos leído, lo habíamos visto así tratado con anterioridad.

Si me pongo a pensar en sus libros y en mis preferencias, no me cuesta enumerar los unos y las otras.

Yourcenar es el emperador y el intelectual Adriano dándonos cuenta de un período clásico inédito en sus líneas esenciales hasta el momento en que nuestra autora se aprestó a descifrarlo. Para mí, Marguerite Duras es un cuadro de mediodía de *El square*, un bello libro perdido en mi biblioteca incontrolada. Y María Zambrano es *Persona y democracia*, la reflexión más reposada y ambiciosa sobre ese sistema de gobierno de los pueblos, sobre esas estructuras de la convivencia humana, con resplandores y tinieblas incluidos.

Son esos libros, y en el caso de Yourcenar también sus hermosos ensayos y el mortificado monólogo de su personaje *Alexis*, el pianista centroeuropeo despidiéndose de su mujer y de su amor por ella, *porque la vida es más compleja que todas las definiciones posibles* y porque toda imagen simplificada de la misma corre el riesgo de ser grosera. “Amiga mía, creemos sin razón que la vida nos transforma: lo que hace es desgastarnos

y lo que desgasta en nosotros son las cosas aprendidas”.

En el caso de Duras, es asimismo su libro más vendido y polémico, *El amante*; y en el de Zambrano, toda su obra sin desmerecer una línea de su prosa inimitable.

Retorno a esas lecturas una y otra vez y en ellas descubro, tantas veces las transito, unas inteligencias donde la razón se reparte al cincuenta por ciento con la pasión su afán de reflexionar.

Creo firmemente que los análisis verificados en esas obras jamás pudieron originarse en una mente educada en lo masculino y todo lo que eso conlleva de exclusividad de miras. Es difícil aportar pruebas fidedignas para respaldar esta afirmación que hago sin caer en la simpleza de las distinciones tradicionales entre lo femenino y lo masculino: mayor sensibilidad, ternura, delicadeza.

Yourcenar, Duras y Zambrano se distinguen por todo lo contrario. Por la audacia y la firmeza que uno percibe en sus juicios, en sus contrastes, en sus intuiciones. Lo femenino, al menos en literatura y en filosofía, es algo inaprensable; casi enigmático.

En las páginas escritas por nuestras autoras, uno viaja al respetable concepto de “lengua materna” y se solaza en descubrimientos no espectaculares, pero sí llenos de serena sabiduría. Lo que la misma Yourcenar presiente en muchos pintores y poetas. Todos necesitan un gran país muy suyo: el de los sueños no soñados. “Sus poemas son los relatos de viaje y los apuntes

del explorador; dibujan el contorno de esas tierras desconocidas, de las que se apartarán su Champlain o su Vasco de Gama en cuanto los invada la muchedumbre, pero sólo para buscar, en otra parte y más lejos, su Salerno o su Eldorado personal, su Isla de los Bienaventurados, su promontorio de los Aromas o de los Espantos”.

La confesión femenina nos ayuda a ver el mundo desde otras perspectivas vedadas por la educación masculina al uso, y si uno se pone en las manos de Yourcenar, Duras o Zambrano puede acceder con ventaja a esa otra cara de lo sucedido a nuestro alrededor y no advertido.

Así he considerado siempre la interpretación que de la sociedad democrática llevó a cabo María Zambrano en su obra ya aludida: *Persona y democracia*.

El género ensayístico practicado por Zambrano –cuya prosa ha sido situada en la generación del 36 española, junto a la de José Ferrater Mora o a la del mismo Ricardo Gullón– es una suma equilibrada de prudencia académica y de audacia artística, un estilo propio donde las citas y el aparato bibliográfico quedan supeditados a la capacidad creadora, al coraje por encontrar respuestas personales e intransferibles a viejas preguntas.

Aquí el “estilo es la mujer misma”, por quitarle algo de razón al Conde de Buffón. Una manera excepcional de acercarse a la idea, de merodearla, de dialogar con ella y de sacar algunas conclusiones.

El uso frecuente en la prosa de Zambrano de la conjunción adversativa “mas” es un instrumento para la autointerrogación, para instaurar la duda como un método de conocimiento. Ortega dijo en su momento que el ensayo era el resultado de una demostración sin la carga de la prueba. Afirmar, reparar, concluir provisionalmente: ése es el proceder del estilo de Zambrano, una fórmula que nos recuerda, en versión contemporánea, el diálogo platónico.

El género ensayístico practicado por Zambrano es, por la elegante y refinada escritura que lo cubre, inconfundible. Deudor acaso de la tradición española que inicia Clarín y que prosiguen Unamuno, Ortega o Azorín, pero reconocible a primera vista en ese escenario del pensamiento a medio camino entre lo filosófico y lo literario; la filosofía hecha literatura, la literatura hecha filosofía.

El ensayo, tal y como lo concebía el poeta y crítico argentino César Fernández Moreno, es, en el fondo, literatura religiosa, filosófica, científica y práctica, pero mechadas y aliviadas siempre con una dosis de poesía, aunque cuidado con las dosis: más poesía de la necesaria despojaría al ensayo de su indispensable trabazón racional, y quedaríamos perplejos ante esos escritos fronterizos que no son ensayo ni poema. Este último no es, por supuesto, el caso de Zambrano.

Para comprender desde el principio la finalidad de un libro como *Persona y democracia* tenemos que adentrarnos en algunas de sus páginas y atenernos

a lo que María Zambrano opina acerca de las palabras: “Pues las palabras, sobre todo ciertas palabras vigentes, no dicen en realidad lo que está contenido en su significación, sino mucho más. Están cargadas de sentidos diversos, cuya explicación depende del momento en que han sido usadas, de cómo y hasta por quién. De ahí, ciertas palabras queden inservibles después del uso inmoderado que de ellas se ha hecho, o desacreditadas cuando se las emplea para enmascarar fines inconfesables, o vacías, huecas o gastadas y sin valor como moneda fuera de curso y sin belleza”¹.

¿Qué era la democracia cuando María Zambrano redactó este libro suyo en la Europa de los años cincuenta? *Persona y democracia* fue finalizado el 23 de julio de 1956 en Roma y publicado dos años más tarde en Puerto Rico.

Esa vieja Europa estaba muy cerca de su segundo fracaso civil y aún se re-lamía las heridas de la reciente contienda bélica sin explicarse muy bien qué era lo que había sucedido y hasta qué punto no estaba en peligro de volver a repetirlo. También la España republicana de Zambrano había desaparecido y nuestra autora había sido obligada a exiliarse tras el nuevo orden de la dictadura impuesta.

Es decir, el concepto de democracia estaba en crisis y las preguntas sobre su vigencia eran más numerosas que las respuestas que se podían dar.

¿Cuál es la respuesta de Zambrano en esos precisos y negros momentos?



La etimología es una disciplina que siempre nos ha fascinado, no por las certidumbres que nos transmite sino por las sorpresas que nos depara. Las imprevisibles transformaciones del sentido primitivo de las palabras a lo largo del tiempo nos dan pie para pensar que nada es lo que parece en lo que respecta a las palabras con las que nos entendemos cada día.

¿Y qué ocurre hoy con expresiones tan aparentemente cristalinas como “democracia”? ¿Tiene algo que ver la democracia de nuestros días con la democracia originaria ateniense?

La democracia criticada por Sócrates, por Platón y por Aristóteles era en su nacimiento el “gobierno (kratos) del pueblo (demos)”. Pero, ¿quiénes formaban parte de ese pueblo? En principio, tres grandes sectores de la población en general quedaban fuera de ese tratamiento. En primer lugar, las mujeres; después, los extranjeros, que vivían y trabajaban en Atenas, pero no habían nacido en la ciudad; en tercer lugar, los esclavos.

Por lo tanto, la ciudadanía, los individuos que tenían derecho a opinar y a votar las decisiones, era una cuarta parte de aquella población. Con lo que queda de manifiesto la distancia conceptual que existe entre la democracia de la antigüedad y la democracia a la que aspiramos en estos tiempos y a la que aspiraba Zambrano en los años cincuenta postbélicos. Y todavía cabe distinguir con pertinencia entre la de-

mocracia que se proclama hoy, retóricamente henchida de libertad, igualdad y fraternidad, y la democracia real, donde tanto las libertades como las igualdades dejan mucho que desear.

La democracia es una búsqueda de valores básicos que debe recomenzarse sin cesar y la desaparición de la gran mayoría de los regímenes autoritarios es un paso elemental en esa dirección. Entre 1974 y 1999, 113 países pasaron de un régimen totalitario a un sistema pluripartidista conocido como democracia, pero lejano, en sus aspectos esenciales, del modelo del que se partió en la Europa de la Revolución Francesa de 1789.

¿Es la democracia una simple receta política y jurídica? ¿Existe la democracia en un país donde pervivan las desigualdades culturales, educativas y sociales?

Estas son las cuestiones que se plantea María Zambrano en su libro aludido.

Para la María Zambrano de 1956, la democracia es todavía un proyecto:

Si la democracia es esta sociedad que hemos procurado ir dibujando, la sociedad humanizada, según la hemos llamado, la sociedad donde es no sólo posible, sino necesario ser persona, la sociedad a imagen y semejanza de la persona, hay que convenir que se encuentra en estado naciente.²

Y para llegar a la perfección democrática, a la perfección de una sociedad democrática, es necesario que esa so-

ciudad experimente la misma mutación que se ha dado en la historia de la humanidad del individuo en persona.

*La persona es algo más que el individuo; es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo y que se entiende a sí mismo como valor supremo, como última finalidad terrestre y en este sentido era así desde el principio; mas como futuro a descubrir, no como realidad presente, en forma explícita.*³

Por eso cuando Zambrano intenta su definición particular de democracia invoca esos principios aludidos: “Si se hubiera de definir la democracia podría hacerse diciendo que es la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona”.

No obstante introducir esta novedosa definición del concepto democrático, Zambrano no elude la tradicional manera de referirse a ese sistema de gobierno desde sus orígenes atenienses:

*...el definir la democracia en términos distintos de cómo se ha hecho hasta ahora, se debe a que ella misma se encuentra en una estación más avanzada que cuando tal definición surgió. ¿Qué ha significado la palabra pueblo, cuando se comenzó a hablar de un régimen para él? ¿Qué puede significar ahora? ¿Acaso ya todos no somos pueblo?.*⁴

Lo que está queriéndonos decir Zambrano es que el término pueblo aplicado a la democracia es correcto, aunque antes haya que establecer una diferencia entre lo que entendemos por pueblo y lo que entendemos por masa, expresión esta última ya dilucidada por el maestro de Zambrano, Ortega y Gasset, en un título de suma conocido –*La rebelión de las masas*– y dado a conocer en 1930. De ese texto parte Zambrano para deslindar las acepciones de pueblo y de masa.

*La masa es un hecho bruto, un “estar ahí” como materia, significa una degradación porque aparta la realidad pueblo, que es una realidad humana, de aquello en que la realidad humana alcanza su plenitud: el vivir como persona. Lo cual entraña responsabilidad, conciencia.*⁵

No es difícil establecer una ecuación desde el pensamiento de Zambrano donde el individuo sería a la masa lo que la persona al pueblo. La persona, para Zambrano, es una forma con la cual afrontamos la vida, la relación y el trato con los demás, con las cosas divinas y humanas, y se es más persona, cuando somos capaces de pensarnos a nosotros mismos, de tener conciencia y

de activar el pensamiento ante lo que nos rodea. Si esas condiciones se aceptan por la colectividad, entonces estaríamos en una sociedad verdaderamente democrática. El individuo significaría para nuestra autora aquel comportamiento que representa una oposición a la sociedad, un antagonismo con cualquier forma de relacionarse y de desarrollar potencialidades como las adjudicadas a la persona.

Para la María Zambrano que deja atrás dos guerras mundiales y una guerra en su propio país, la democracia teórica a la que se ha referido antes como proyecto, como camino de perfección donde la persona tendrá tanto que ver, es sólo eso: un proyecto, pues la realidad de su entorno histórico no le dice lo mismo:

Los regímenes totalitarios sumergieron a la democracia en un infierno. Pues la negaron y la afirmaron demagógicamente al mismo tiempo: la situación era tal en los países de Europa vencidos en la primera guerra mundial —guerra civil europea— que agudizaba una situación que sin la guerra estaba ya planteada: la existencia creciente de una masa desarraigada y, como tal, inquieta, viviendo en el espacio vacío de las ciudades industriales, o en la “tierra de nadie” de los sin trabajo. Para ellos las palabras prometedoras de la fe democrática fácilmente podían sonar a burla.⁶

En *Persona y democracia*, Zambrano contrasta constantemente los monolitismos absolutistas con los equilibrios democráticos. Igual que la persona ha de exigirse una atención constante al cambio de las situaciones vitales y una acción en consecuencia para acomodarse a la vida, así la democracia será el régimen de la unidad de la multiplicidad, del reconocimiento, por tanto, de todas las diversidades y las adversidades, de todas las diferencias de situación. La batalla que libra la persona para adaptarse gradualmente a la realidad, es la misma que libra la democracia para encontrar salidas colectivas a las nuevas circunstancias.

Feliz es la comparación que María Zambrano establece entre los absolutismos políticos apegados a la quietud, al estatismo, de los órdenes arquitectónicos, y los sistemas democráticos, apegados al movimiento de los órdenes musicales.

Un ejemplo de la quietud absolutista bien podría ser el Palacio-Panteón de San Lorenzo de El Escorial, donde Felipe II quiso simbolizar su idea de la historia, de la realidad vida-muerte. Detener la historia en un eterno presente.

La democracia participaría de las características de la sinfonía, que “hemos de escucharla, actualizarla cada vez: hemos de rehacerla en cierto modo, o sostener su hacerse: es una unidad, un orden que se hace ante nosotros y en

democracia no es un edificio, es una pieza musical.

Esa democracia móvil caracterizada por Zambrano en parte nos retrotrae al mito de la Esfinge invocado por nuestra autora en un pasaje de su *Persona y democracia*. La salvadora respuesta de Edipo a esa criatura colocada en el desfiladero de Tebas, con cabeza y pechos de mujer, cuerpo de toro o de perro, garras de león, cola de dragón y alas de ave, es una respuesta que la humanidad no ha logrado dilucidar con todas las consecuencias.

El hombre sigue siendo un enigma para el hombre, y sus edades se asemejan a las de la historia de la humanidad. ¿No se corresponden el ensimismamiento del niño, la acometividad del joven y la serenidad del hombre maduro, a las etapas que Giambattista Vico descubrió en la historia de todos nosotros, en ese ciclo de edad bárbara o edad primitiva y del desconocimiento, edad heroica y edad clásica, seguida de una nueva barbarie?

Dice Zambrano que la historia no tendría sentido si no fuera la revelación progresiva del hombre. Si el hombre no fuera un ser escondido que ha de irse revelando poco a poco. Una aventura que comenzó, para Zambrano, hace más de veintiséis siglos con lo que significó Buda en la India, Lao-Tse en China, los Siete Sabios, y entre ellos Tales de Mileto en Grecia y Pitágoras. Todos ellos abrieron caminos distintos para comprender la significación de nuestra existencia terrenal. Son hombres nacidos en culturas diferentes, en mundos ordenados o en vías de ordenarse, que buscan un patrón “hombre” para construir sus sociedades.

Pero Zambrano reconoce lo que ya invocamos por medio de Vico: las épocas de máxima plenitud humana en que aparecen creaciones que nos dignifican y nos animan a pensar que hemos llegado a la meta, son sucedidas por extraños movimientos que no hacen sino socavar lo ya conseguido y volvernos a colocar en el principio de nuestras dulces aspiraciones. Vivimos en un sino: el de no podernos instalar en una situación definitiva. Todo es curso y recurso.

Y así como la criatura humana y la historia que ésta construye van desde la perfección de sus actos hasta la imperfección y vuelta a empezar, así tiene que conducirse el régimen político por antonomasia: el sistema democrático.

La grandeza consiste en que la persona, la sociedad, la historia que todos hacen posible y el sistema democrático sean capaces de adaptarse al futuro, a las nuevas circunstancias que son nuevas para todos en esa progresión desde el ser individual al ser más colectivo. Esa es la lección que nos da Zambrano en su *Persona y democracia*.

La democracia es el último peldaño de una escalera que inicia la persona, y la perfección de una es la perfección de la otra, como la imperfección de ambas imposibilita todo proyecto de humanidad.

El proceso de maduración que exige el paso del individuo a la persona es simétrico al proceso de maduración que la sociedad ha experimentado desde los regímenes absolutistas hasta los escenarios democráticos. Pero no hay que echar las campanas al vuelo, los mismos peligros de involución que acechan a la persona en su camino de perfección, acechan por igual a la democracia como sistema de convivencia.

Se ha dicho que María Zambrano, al superar en sus ensayos el dictado abusivo del racionalismo y al reclamar la razón intuitiva, inauguró la forma de pensar del siglo XX. Acaso tal mérito le pertenece, pero nada de eso era posible conseguirlo si no se hacía a través de la escritura creadora que nunca perdió el pulso frente a los prejuicios académicos, y de la pasión tan continuada por discernir el ser profundo de lo humano en todas sus dimensiones. Ahí residen las fortalezas de la delicada obra de Zambrano.

El arte de la palabra que practica Zambrano se sitúa en la era de la “poiesis”, donde los cometidos poéticos, filosóficos y sagrados –arcanos–, los cometidos de la razón y de la sinrazón, la vigilia y el sueño, son uno solo en busca de una comprensión del misterio del hombre y de la mujer sobre la tierra: “Porque solamente siendo a la vez pensamiento, imagen, ritmo y silencio parece que puede recuperar la palabra su inocencia perdida, y ser entonces pura acción, palabra creadora”.⁷

La escritura de María Zambrano reclamó en un siglo XX tan pródigo en heterodoxias estético-literarias un lugar de preferencia, y lo reclamó con la seriedad, la continuidad y la originalidad de una obra tan íntima como excepcional.

Como ella misma afirmó en una de las páginas de una obra de título más que significativo –*La Confesión: Género Literario*–, “lo que diferencia a los géneros literarios unos de otros, es la necesidad de la vida que les ha dado origen. No se escribe ciertamente por necesidades literarias, sino por [la] necesidad que la vida tiene de expresarse. Y en el origen común y más hondo de los géneros literarios está la necesidad que la vida tiene de expresarse o la que el hombre tiene de dibujar seres diferentes de sí o la de apresar criaturas huidizas”.⁸

En ese sentido, la concepción de la escritura literaria que maneja Zambrano es la de considerar esa actividad no sólo como una exigente ingeniería de sonidos, sentidos y acrobacias sintácticas, sino como “una actividad de la imaginación con raíces en la historia y proyecciones en la moral”.

Zambrano inauguró la forma de pensar del siglo XX, y, en consecuencia, la forma de escribir los dramas de esa centuria. *Persona y democracia* es, a nuestro entender, el libro que más compromete a su escritura con la historia padecida y con la búsqueda de lo moral a toda costa.

En 1965, George Steiner dio a conocer un ensayo sobre lo que él mismo definía el “género pitagórico”, y en esas páginas incluía y analizaba obras de autores como William Blake, Sören Kierkegaard o el mismo Ludwig Wittgenstein porque éstos, como los pitagóricos, nos recuerdan a todos el tiempo en que la forma literaria era “un acto de magia, un exorcismo del antiguo caos”. No erraría Steiner incluyendo a María Zambrano en esa nómina.

El mismo Steiner, en otro ensayo de 1966 –“El silencio y el poeta”–, al criticar cómo la proliferación de la verborrea en la investigación humanística, y las trivialidades maquilladas de erudición ... amenazaban con obliterar la obra de arte y la exigente inmediatez del encuentro personal, base de toda crítica verdadera, se pregunta: “¿cuándo se convierten las palabras en palabra?”.⁹

Las teorías se atraen: Zambrano siempre luchó por liberar la palabra del lenguaje y ése fue uno de los principales atractivos que E. M. Cioran ponderó en su escritura fronteriza.

En un tiempo en el que tanto se publica y en el que la ausencia de la calidad de lo que se escribe es tan usual, obras como las de María Zambrano nos obligan de nuevo a creer en las palabras cuando éstas han recobrado dentro de las frases su sentido y su energía original. En esto radicó siempre el trabajo de Zambrano, y su contribución a los géneros de la literatura nos obligará, como todas las grandes obras, a redefinir el catálogo de lo hasta ahora conocido y aceptado.

NOTAS

1. Zambrano, María. *Persona y democracia. La historia sacrificial*. Barcelona: Anthropos, 1988, pp. 134-135.
2. Ibid. p. 152.
3. Ibid. p. 103.
4. Ibid. p. 134.
5. Ibid. p. 145.
6. Ibid. p. 156.
7. Cfr. Zambrano, María. *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza, 1987. Cito por Zambrano, María, “Textos de María Zambrano”, *Anthropos*, 32, Barcelona (1992): 156.
8. Zambrano, María. *La Confesión: Género Literario*. Madrid: Mondadori, 1988. p. 13.
9. Cfr.: Steiner, George. *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*. Barcelona: Gedisa, 1982. pp. 129 y 85.